





Varelita repasó mentalmente a quién podía llamar esa noche. Un nombre acudió de inmediato a su cabeza.

No tomaba muchas precauciones respecto del lugar desde donde hacía las llamadas. En el mejor de los casos utilizaba un teléfono público o iba a un locutorio. Deformaba un poco la voz y comenzaba a hablar.

Varelita elegía metódicamente a quién llamar. Su memoria era un fichero de cosas oscuras. Buscaba a las personas marcadas y que él sabía que, a pesar de los años transcurridos, no lo denunciarían. En todo caso, no concurrían a la cita que les daba. Todavía en los últimos tiempos había podido hacer algún que otro negocio.

A Varelita le gustaba actuar solo, aunque había tenido un socio inseparable llamado Varela. Prefería actuar siempre según su propio *modus operandi*, y lo decía así, con ese anacronismo.

Varelita tenía su propio archivo, que conservaba desde aquellos tiempos en que por dinero era capaz de todo. Sin embargo, su *modus operandi* siempre le impidió que se enriqueciera. Varelita sólo servía para los

pequeños negocios, que casi siempre rondaban lo miserable.

Con el tiempo comprendió que debía pasar rápidamente del tono actoral a utilizar su propia voz. Cuando su interlocutor lo reconocía, él calculaba, por el terror que infundía su voz, hasta dónde podía llegar. Le producía cierta satisfacción comprobar que la mayoría de las veces no se equivocaba.

Esta vez, Varelita llamaba a una mujer de nombre Ana Botero.

Esa noche Varelita vestía pantalón negro, camisa blanca y corbata oscura. Llevaba puestos anteojos de sol. A primera vista parecía un policía de civil o un remisero. Dentro de la cabina telefónica se lustró los mocasines contra el pantalón. Siempre hacía lo mismo. Primero los escupía y después fregaba. Pensaba que la saliva les daba brillo. Una costumbre de años.

Escuchó un trueno y tuvo la sensación de que los vidrios de la cabina iban a estallar. Levantó el tubo del teléfono y, más que hacer una llamada, prácticamente se aferró a él. Los relámpagos comenzaron a iluminar el cubículo. No le daba miedo el encierro sino la tormenta. Miró hacia el cielo tratando de calcular cuánto duraría, pero los relámpagos le hicieron cerrar los ojos.

“Nunca me gustó trabajar en la calle, en cualquier momento puede desatarse una tormenta”, se dijo como si hablara por teléfono. “Hice muchas cosas, pero nunca dejé a nadie en medio de una tormenta. Lo podría jurar por Dios.” Y después de que juró cruzó los dedos como si efectivamente necesitara que alguien le creyera.

Volvió a marcar el número de teléfono y le respondió el contestador. Le pareció que la voz de la mujer no había cambiado. Verificó el número según el dato que le habían dado y era correcto. Colgó el auricular y exclamó fastidiado: “Ya se larga, y encima esta puta no contesta”.

Varelita buscó un refugio. Cuando la tormenta amainó —ni los relámpagos ni la lluvia, sino los truenos— salió corriendo de la cabina y entró en un café que estaba a unos metros.

Aunque no era supersticioso, la coincidencia lo dejó inmóvil. Estaba ante el café al que, durante años, tanto él como su socio se negaron a entrar. Se detuvo ante el cartel y leyó: *Varela Varelita*.

Le hubiese gustado que, aunque solamente fuese para tomar un vermut y conversar un poco, estuviese Varela.

El café no tenía nada de particular. Un pequeño ciervo de plástico le recordó el chiste que le hacían a su socio cada vez que entraban a algún restaurante donde había una cabeza de ciervo. Se miraban entre todos y alguien hacía un guiño o un gesto sobre la cabeza de Varela, aludiendo a sus cuernos. Al principio, Varela se enojaba, pero con el tiempo, cuando entraban a algún lugar donde había una cornamenta, él mismo se adelantaba y decía graciosamente: “¿Vieron qué bien estoy?”. Varelita nunca supo si su socio era realmente un cornudo.

Le resultó cómico estar en un café llamado *Varela Varelita*.

Ya hacía muchos años que, hojeando una revista, se encontró con una foto del famoso conjunto de jazz. Nunca lo había visto actuar. Le impresionó su parecido con Vareleta, uno de los músicos de la banda. Después de esta comprobación, el resto vino solo: su socio se llamaría Varela. Y así quedó: *Varela, Vareleta*. Hasta se sacaron una foto vestidos como los músicos. De smoking blanco y con moñito.

A partir de ese momento, el nombre comenzó a hacerse conocer en el ambiente en el que se movían. Después, esa misma fama los excedió y empezaron a circular historias de las cuales hasta ellos mismos se reían.

Un nuevo trueno lo hizo estremecer. El trueno y la imagen de un hombre corriendo bajo la lluvia. Por la estatura y el aspecto —su mirada profesional siempre estaba atenta a esas cosas— le recordó a un secuestrado que había tenido en el sur. Todavía no trabajaba con Varela.

Aquel detenido presentaba una resistencia inclaudicable. Lo habían torturado sin lograr quebrarlo. Finalmente, lo mandaron al pozo. Lejos del regimiento. Una decena de calabozos al ras de la tierra con unos corredores a los que sólo se podía llegar agachado. El hombre estaba atado a un camastro.

Una mañana, cuando Varelita entró, se dio cuenta de que el detenido se había arrastrado con cama y todo hasta la canilla.

Por la noche, casi de madrugada, hubo una fuerte tormenta, tal vez por eso Varelita se mostró piadoso y le dijo con aire benevolente:

—Dormís con los ojos abiertos o sos vidente, porque siempre que llego me estás esperando. Nunca te puedo sorprender. Pero ahora sé que anoche fuiste has-

ta la canilla para tomar agua y eso está penado. Salvo que me digas por qué, cada vez que llego, estás con los ojos abiertos.

El detenido dudaba. Nunca había querido franquear el umbral que lo separaba de ese individuo al cual temía y del que ni siquiera conocía su nombre. La pregunta lo colocaba en una encrucijada. Sabía que era una trampa. Que unas veces convenía contestar y otras no. Pero las dos respuestas siempre llegaban después. Esta vez, llevado por el alarde y no pudiendo controlar cierto tono burlón, le respondió:

—Por el motor del coche. Es un Citroën... Lo conozco por el ruido del motor. Usted es el único de todo el regimiento que llega en Citroën —le contestó ya sin poder ocultar el placer que le daba lo acertado de la respuesta. Vareleta esbozó una sonrisa tratando de disimular su fastidio. Recurriendo a un truco que había usado otras veces le respondió que, bajo los efectos de una pastilla, le había cantado todo lo necesario como para liquidarlo.

Recordando la anécdota que le permitió distraerse mientras pasaba la tormenta, esbozó una sonrisa parecida a la de aquella vez. Entonces se preguntó: “¿Qué será de la vida de Varela?”.

Federico Santoro tenía 21 años recién cumplidos. Sus padres habían desaparecido cuando tenía unos meses, por lo cual vivió sin ellos la mayor parte de su vida. No obstante, no había hecho de esto una militancia o una causa. Tampoco una reivindicación propia de la edad.

Fue preguntando a medida que pudo y quiso saber. Entre los 8 y los 10 comenzó a entender de qué se trataba.

Durante todos esos años, creyó percibir que sus abuelos paternos ocultaban un velado resentimiento hacia su nuera, porque indirectamente la acusaban de haber influenciado políticamente en la vida de su hijo. De lo cual deducían que si no la hubiese conocido quizás estaría vivo.

Federico se fue enterando de distintas versiones. Primero, que sus padres habían desaparecido. Después, que estuvo con ellos hasta unos días antes de su desaparición. Dato que creaba una incomodidad en su familia por la falta de responsabilidad de sus progenitores, pero que a él le producía un sentimiento de gratitud.

Más tarde, se enteró de que Ana Botero, una compañera de militancia de sus padres, había sido quien lo rescató de Tala y lo llevó a la casa de sus abuelos.

Ana Botero sería un nombre que lo acompañaría durante el resto de su vida.

A esa edad era imposible recordar la cara de la mujer que lo había salvado. Alguna vez, les preguntó a sus abuelos si tenían alguna foto de ella. Y la respuesta fue tajante: “Quemamos todas las fotos”.

Cuando murió su abuelo, Federico creció un poco más. Con su muerte se cerraba una etapa de su vida. Ocurrió cuando Federico rondaba los quince. Recordaba que en el velorio, mientras observaba las flores a su alrededor, había pensado que su abuela siempre andaba con vestidos floreados y que se pasaba la mayor parte del día en el jardín. Y se dijo: “Siempre le gustaron las flores y recién me doy cuenta”.

Su abuela murió seis años más tarde. A la vecina que la encontró muerta en la casa, Federico le preguntó: “¿Estaba sola?” Y la mujer le respondió con suma naturalidad: “No, claro que no. Con los animales”.

Con la muerte de su abuela, a Federico se le terminaron los parientes directos. A lo sumo le quedaría algún pariente lejano, del que ni siquiera sabía su nombre.

Cuando tuvo que ocuparse de los trámites de la cochería se dio cuenta de que su abuela había dejado arreglado hasta su propio sepelio, que incluía ser inhumada en un cementerio privado. Federico murmuró: “A diferencia de papá, ella quiso asegurarse una tumba”.

Durante las horas que duró el velatorio, preguntó a su abuela lo que no le había preguntado nunca. Podía escuchar nuevamente su voz: “Un día va a venir Ana Botero y te va a explicar lo que pasó”.

Mientras estuvo frente al cajón permaneció tan absorto y pensativo que, cuando vinieron a cerrarlo, casi no tuvo tiempo de despedirse.

Toda la noche, acompañado de sus compañeros de la secundaria y de sus vecinos, tuvo la secreta esperanza de que Ana Botero pudiese aparecer en el velatorio.

Durante años su abuela había encendido velas en memoria de su hijo y de su nuera, a pesar de saber que ambos rechazaban cualquier creencia religiosa.

Por mucho tiempo, para Federico sus padres fueron esa foto iluminada por la luz de una vela.

En esa instantánea, podrían tener una edad similar a la suya. Pero a él la foto le producía una sensación rara, como si el hecho de no verlos envejecer les otorgara una especie de inexistencia.

Su abuela cumplía un ritual. Una ceremonia que, para Federico, comenzaba cuando la acompañaba a una santería cercana a comprar velas que, según los días, debían cambiar de color. Los días de la semana quedaban señalados por los colores de las velas, a tal punto que si alguna vez la abuela olvidaba qué día era le bastaba mirar las velas. Federico advirtió, por el color, que su abuela había muerto un jueves.

De ella heredó aquel ritual. La última vela que había quedado en la casa era un cirio cuidadosamente envuelto. Cuando lo encendió, creyó que la llama era de un color y una luz diferentes de los anteriores.

Después de unos minutos la habitación se impregnó de un aroma inquietante. Federico sintió la presencia de su abuela en esa llama que otorgaba a los objetos una atmósfera irreal.

En el envoltorio donde estaba el cirio, su abuela había guardado un sobre que llevaba el nombre de su nieto. Cuando lo descubrió, Federico pensó que el misterio de la muerte de sus padres se escondía allí:

*Federico:*

*En el costurero vas a encontrar la escritura de una chacra en Tala. Se llama Colina Bates. Tiene ese nombre porque los primeros propietarios fueron ingleses. Cuando tu padre se casó, la pusimos a su nombre y al de tu madre como regalo de bodas. Seguro que con el tiempo ha perdido valor. Un día dejaron de llegar los impuestos y nunca más pagamos. No te dije nada de la chacra porque me parece que nos trajo mala suerte. Fue el último lugar desde el cual tu padre se comunicó con nosotros antes de que desapareciera. Llamó para avisarnos que “el encargo” lo traía alguien llamado Ana Botero. Pero, aunque es posible que todo esto sean supercherías de vieja, igual vos tenés derecho a saber que esa propiedad existe y a averiguar qué pasó con ella porque, a fin de cuentas, te pertenece.*

Después de leer la carta, concluyó que el ritual también se consumía como la llama de la vela y, hablándole a la foto de sus padres, dijo: “Y cuando yo no esté, ¿quién se va a ocupar de encenderlas?”.

Al fin, Federico comprendió que no había hecho otra cosa en su vida que esperar la visita de Ana Botero. Esa mujer era lo único que le quedaba, y ni siquiera sabía cómo era.

Desde la muerte de su abuela y el descubrimiento de la escritura de la chacra, algo había cambiado.

Los abuelos nunca habían querido que Federico se metiera en política. Tenían terror de que le pasara lo mismo que a su hijo. En algún momento de su adolescencia, Federico se los prometió. Ahora se sentía libre de actuar, pero desamparado.

Por todas estas razones, Federico tenía una desconfianza natural ante cualquier acto político. Por eso, cuando decidió ir a una marcha, no sabía bien con lo que se podía encontrar. Iba a ser la primera vez que se pondría en contacto con ese mundo y sentía una enorme curiosidad. Lo aliviaba suponer que se encontraría con gente de su edad.

Fue caminando lentamente hacia la plaza y se sorprendió al ver que había gente de todas las edades.

Experimentó cierto escozor cuando se dio cuenta de que no conocía ninguna de las consignas que gritaban y, por vergüenza, comenzó a mover los labios, como si él también las repitiera.

De golpe, necesitó apartarse. Fue abriéndose paso a empujones tratando de buscar un lugar despejado para poder respirar. Se sentía sofocado y no dejaba de transpirar. Necesitaba fumar. Se acercó a alguien y le pidió fuego.

—Tenés las manos todas transpiradas.

—Sí, por los nervios. Es la primera vez que vengo a una cosa así.

—Hoy llenamos la plaza.

—¿Vos cómo te enteraste?

—¿De la marcha?

—No, de cómo desaparecieron tus padres.

—¿Cómo te llamás?

—Federico.

—Mis padres no desaparecieron.

—No entiendo. Entonces, ¿qué hacés acá?

—Fue mi hermano el que desapareció. ¿Tus padres cuántos años tenían?

—Por la foto, más o menos como la edad que yo tengo.

—Me llamo Juan, nunca te vi en otra marcha.

—Te dije que es la primera.

—¿Cómo te decidiste?

—Después de que se murió mi abuela. ¿Alguna vez pensaste que tu hermano podría estar vivo?

—Sólo en sueños. ¿Nunca quisiste averiguar nada?

—Cuando estuve en condiciones de entender, les prometí a mis abuelos que no me metería en política.

—Y entonces, ¿quién te metió finalmente en esto?

—No sé, quizás ellos mismos. Recuerdo que me repetían: “Un día va a venir Ana Botero y te va a contar qué pasó”.

—¿Quién es Ana Botero?

—La mujer que me salvó.

—No te preocupes. Cada uno se entera como puede.

—Bueno, creo que me voy.

—Decime, y a esa Ana Botero... ¿La volviste a ver?

—En eso estoy.

—Usted sabe quién habla. ¿No es así? Si sigue callada voy a cortar y va a ser peor... —La voz de Vareleta sonó áspera.

—No, por favor...

—Siempre me gustó que me pidan por favor... Tengo algo que le va a interesar.

—¿Qué cosa?

—Información sobre su marido.

—¿Qué sabe?

—Lo que sé cuesta mucho dinero.

—¿Qué es para usted mucho dinero?

Por primera vez en la conversación, Vareleta hizo silencio. Nunca se había hecho esa pregunta. Se sobrepuso y dijo:

—Usted vaya pensando en reunir una suma importante. Por ahora, no le puedo decir nada más. Yo me vuelvo a comunicar con usted. De más está decir que esto queda entre nosotros. A propósito, ¿puedo decirle Ana o debo llamarla por su nombre real?

Vareleta cortó sin esperar una respuesta.

No bien Ana Botero cortó la comunicación telefónica, se le fueron dibujando uno por uno los rasgos de Vareleta. Por estar asociada al dolor, su cara era imborrable; y junto con el recuerdo de Vareleta le vino a su cabeza la imagen de su compañero Varela. Los dos trabajaban a dúo, “juntos y sin capucha” porque no les importaba que les vieran la cara.

Ana Botero estaba cerca de los 45 y el pasado se le vino encima. Entonces tenía 25 años.

Sólo por un día había llevado el nombre de Ana Botero y, sin embargo, ahora que Vareleta lo había pronunciado se daba cuenta de que sonaba tan real como su propio nombre: Laura.

Cuando Vareleta dijo “su marido”, se sintió paralizada. Ahora le parecía extraño haber tenido un marido a aquella edad.

¿Qué le podía decir Vareleta acerca de su marido después de tantos años?

Desde la llamada de Vareleta, Ana Botero volvió a tener pesadillas. Se despertaba por las noches como cuando escapó de Buenos Aires. Nuevamente en medio de la oscuridad, sobresaltada por el ruido del motor de un auto que se volvía cada vez más cercano. Después venía lo peor: el silencio y la espera.

Esa primavera del 77, cuando Ana Botero se enteró de que su marido podía estar muerto, comenzó a deambular por la ciudad.

Sin saber por qué, volvió a los lugares que frecuentaba en su juventud. Era mediodía. Vio cómo salían las chicas del Normal, sin alegría, todas muy uniformadas. Pensó si quedaría algún profesor de su secundaria. Se acercó a las rejas y acarició a los gatos.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, pasó frente al negocio donde su madre compraba las cartas para jugar con sus amigas a la canasta. Invocó a la reina de corazones y se deseó un poco de suerte. Por eso, frente al edificio de Obras Sanitarias, recordó que su padre le contaba que ese edificio era el palacio donde vivía la Reina de Corazones.

Se puso a silbar para darse fuerzas. Sonrió. Se acordó cuando en la facultad vino la moda parisina y empezó a usar boina. Su novio decía que parecía un muchachito.

Se sentó en un bar frente al hospital de Clínicas, tratando de adivinar en qué piso habría muerto su padre. Ella estaba tan lejos de Buenos Aires. Pensó que ahora le gustaría que estuviese vivo para protegerla. Se lo imaginó en una de esas habitaciones luchando contra el cáncer. Entonces se preguntó si, desde su cama, podría distinguir el edificio de Obras Sanitarias y la Reina de Corazones.

Y, hablándoles a algunas de las ventanas abiertas del hospital, dijo: “Yo era tu reina...Yo era tu reina y seguramente te partí el corazón”.